

## LATINOAMERICA COMO OBJETO DE PLANIFICACION

Del centro de la oficina internacional de investigaciones sociales de Friburgo han comenzado a llegar a nuestra redacción una serie de pequeños volúmenes estriados en tres secciones diferentes: «documentos» (cubierta sepia), «estudios sociológicos» (cubierta encarnada), «estudios socio-religiosos» (cubierta azul). Sobre la marcha, antes de que la colección cubra el programa completo de cuarenta títulos que se ha trazado, quisiéramos recoger en un breve comentario esta interesante iniciativa.

Pronto se advierte que es una colección madura y bien orientada. Abarca todo el área geográfica de Latinoamérica, pero con la suficiente diferenciación de matices nacionales, conjuga las dos directrices de la sociología, la estadística y la ideológica, lleva un plan de ascensión y meta a través de las tres secciones a que hemos aludido: desde unos documentos como punto de partida se pasa a unos estudios sociales parcelados que preparan a dar el salto a los estudios socio-religiosos, como afirmación de la realidad profunda, exenta de toda apologética, de que la sincera aplicación a la vida del sistema religioso-católico, revierte automáticamente en una solución radical del difícil conflicto social existente.

Pero aún hemos de expresar otra muestra de agrado: el sentido de urgencia que se ha impreso a la concepción y aun a la marcha externa de la colección. (Se ha pretendido, tal vez fijando el límite de tiempo con excesiva puntualidad, que los cuarenta volúmenes proyectados viesan la luz entre el primero de mayo y el primero de diciembre de 1961.) No son estudios teóricos, exhaustivos. No hay tiempo para ello cuando el castrismo comunista es, más que una cabeza de puente, una hoguera frente a un gran bohío de paja y heno. Son por eso volúmenes que no pretenden despertar las conciencias, sino incitar la iniciativa de aquellos que ya la tienen alerta, desbrozar el camino a seguir por los responsables directos en los destinos de los 20 países descubiertos y occidentalizados por España y Portugal.

Se abre la colección dentro de la sección de «documentos» con un título sugestivo: «Las instituciones políticas en América Latina.» Se trata de un

estudio resumido y completo a la vez de la inmediata historia política latinoamericana. En un área geográfica sin acento espiritual propio y atrofiada en su desarrollo social, el capítulo político es quien asume el papel de definir casi con exclusividad los rasgos de su fisonomía más reciente. Anotemos que esta observación podemos aplicarla a un enjuiciamiento general del s. XIX europeo. Resaca en lo religioso, oquedad social, primer plano de lo político. La América Latina de nuevo cuño, nacida dentro de la cronología y de las categorías decimonónicas, aceptó y, por decirlo así, radicalizó en su ingenuidad sin lastre histórico esta visión pública de la vida. Y Latinoamérica no ha conocido esas dos guerras que han hecho reaccionar viril y trágicamente a Europa del confiado optimismo del XIX. Por ahí hay que buscar la diferenciación «espiritual» de este sector de occidente que no es Europa.

Dentro de esta vida pública reciente de Latinoamérica, penetrada excesivamente de política, hay un hecho clave. Lo rotularemos casualmente con el epígrafe correspondiente del volumen de Raúl Cereceda: «Dictaduras y revueltas». Episodio doble como el envés y revés de un tejido, episodio común, aunque con distinto relieve y diferentes modalidades que el autor apunta con acierto. Diríamos que lo mejor y peor de la actual situación latinoamericana le viene de este binomio. Los hombres que las promueven son espíritus originales que aun hoy nos deslumbran y confunden. Me refiero al dictador criollo, condottiero del s. XIX y XX, incluidos y tiernos, patriotas y escépticos (las excepciones a lo García Moreno no alteran el rasgo), padres o benefactores de un pueblo de cuyas raíces más íntimas habían tantas veces brotado y que nadie mejor que ellos comprendían debían proteger y sujetar a un tiempo con mano férrea. Recogen la herencia feudal virreinal y llevan en sus vidas briznas o la fibra entera del voluntarismo romántico de los libertadores; finalmente, en los vaivenes de reacción política que provocaron, reforzaron esas oligarquías políticas y dinerarias tan características por su reducido número y alto nivel de Latinoamérica. ¿No son ellas la clave del actual panorama social latinoamericano? Bien hubieran merecido a nuestro juicio un volumen, que hubiera podido evitar de todo punto ser ofensivo, de la colección que reseñamos.

Pero confesamos que encontramos, precisamente dando un paso más en nuestro estudio, en el tomo segundo de la sección de documentos, el nervio vital que une la pregunta y apetencia formuladas con una respuesta eficaz.

A lo largo de las páginas del estudio debido a la doble pluma de Corredor y Torres, titulado «Transformaciones del mundo rural latinoamericano», encontramos esa teoría de los dos círculos culturales que no se encuentran en Latinoamérica. La clase propietaria y el proletariado rural (del otro proletariado; del urbano-fabril no se puede hablar en Latinoamérica hasta tiempos más recientes todavía y con relatividad), que después de un largo proceso han terminado por girar en un doble sistema independiente.

En efecto. La occidentalización, en que nos place definir el desarrollo histórico de Latinoamérica en los cuatro últimos siglos, no alcanzó a las clases más bajas. Al dominio de España y Portugal le faltó tiempo, tiempo relativo

a la natural eficacia de un sistema paternalista. En vísperas de la independencia, el criollo era un hombre ganado a las ideas de Europa; pero el indio, débilmente alzado sobre la plataforma de las misiones, seguía siendo indio. Y el mestizaje, como fenómeno racial intermedio no fue un manantial perenne —como a veces elementalmente se cree— de cruce y fusión, sino un impulso de choque de los primeros conquistadores bajo el influjo contrapuesto de una presión biológica y de unas altas ideas espirituales nimbadas de teología sobre el hombre, su origen y su destino. Pero por razones que no son del caso analizar, el fervor mesticista se enfría. «Ya a mediados del siglo XVI, apunta Pérez de Barradas, el mestizaje decae»<sup>1</sup>. Y Konetzke, en un par de conocidos artículos, nos conduce de la mano por este declive hasta el siglo XVIII, en el que «los españoles y criollos se aislaron todavía con más rigor tratando de evitar todo contacto racial con la gente de color»<sup>2</sup>. Con la independencia se pasa de la reticencia a una franca repulsa. «Los países nacientes de América procuraban ignorar al indio para aparecer como países de corte europeo»<sup>3</sup>.

Más allá de Río Grande del Norte, la América sajona no conoció Doñas Marinas, no redujo indios, los empujó, los confinó y los eliminó. Norteamérica fue un país sin mestizos, cuanto más sin indios; también sin criollos en cuanto que en la psicología del criollo entra su gota de sangre india o negra (recuérdese el caso del mismo Bolívar) y su relación espiritual hacia las clases de color. Porque, y este es el punto hacia el que queremos hacer converger nuestro pensamiento, el indio le dio al criollo y al peninsular en Latinoamérica esa plataforma psicológica y económica sobre la que cimentar su progreso liberal y su incuria social. El americano sajón tuvo siempre a su lado no al indio dócil o al mestizo en inferioridad, sino al competidor europeo sagaz.

Ese despego de signo laico y antirreligioso que el siglo XIX imprimió a las relaciones entre propietarios y campesinos terminaron por mover los ejes de las dos órbitas, que primero se cruzaron biológicamente, luego se interfirieron espiritualmente en un sistema paternalista para dispararlas hacia el desconocimiento y en un día de planetización y contagio demagógico hacia el odio. Así se cierra la curva del mestizaje al abandono de las leyes de indias al casticismo. Esto es Latinoamérica.

Esta situación que ha entrado en vía de crisis definitiva no ofrece más que una solución: sólo puede ser remediada mediante una solución de alguna manera radical. Es la que adopta el curso de la colección que venimos comentando: la planificación. Planificar, a nuestro modo de pensar, significa crear superficies uniformes, inteligibles y eficientes. Los temas de los siguientes volúmenes responden a esta concepción. Monografías como la dedicada a «El campesinado colombiano», o a «La educación en el Brasil», o la más restrin-

<sup>1</sup> PÉREZ DE BARRADAS, J., *Los mestizos de América*, Madrid, 1948, p. 64.

<sup>2</sup> KONETZKE, R., *El mestizaje y su importancia en la época colonial*, «Revista de Indias», 1946, p. 232.

<sup>3</sup> PÉREZ DE BARRADAS, J., *op. cit.*, p. 195.

gida de «El espiritismo en Sao Paolo» son características de esta segunda sección dedicada a «estudios sociales». En todas ellas se estudian determinadas parcelas de la vida público-social latinoamericana en vistas a una acción integral. No nos ha llegado todavía el número suficiente de volúmenes como para dar curso a algunas interesantes reflexiones que pudieran suscitar su lectura. De momento, y teniendo presentes los títulos próximos a aparecer, quisiéramos manifestar una reserva: hubiera sido tal vez conveniente enriquecer esta sección con una mayor variedad de monografías: áreas claves como la Argentina y Centroamérica están ausentes de ella.

La tercera sección, dedicada a los «estudios sociorreligiosos», es una sociología religiosa, si bien en un sentido algo restringido, tal vez imperfecto. Centremos por el momento nuestra atención en el volumen dedicado a «la iglesia de Colombia». Al repasar su contenido comprendemos que está plenamente justificado el subtítulo que reza: «estructuras eclesíásticas». Los obispos y demarcaciones eclesíásticas, el clero y los seminarios, las congregaciones religiosas, llenan sus páginas. El lector pregunta: ¿Dónde está el laicado? «Algo» debe de existir de él, como lo demuestra otro tomo consagrado a la «Acción rural en Chile». Sabemos por otras fuentes que el despliegue de la seglar en la vida litúrgica y apostólica de la iglesia está bastante lejos de haber llegado a su madurez. Pero ¿por qué esta reiteración de estructuras eclesíásticas —los demás volúmenes dedicados a las otras iglesias nacionales siguen el mismo tenor— en una colección lanzada cara al futuro urgente y renovador?

Pensamos que el laicado, tercer estado de esa sociedad espiritual perfecta que es la Iglesia, aflora hoy después de siglos de minoría, cuando otra clase social, el obrero de la sociedad civil, reclama también sus derechos.

Es interesante observar, al comparar el desarrollo de la historia universal y el del catolicismo moderno, cómo hay un paralelismo entre laicado y solución social. ¿Por qué si no los grandes mentores del moderno laicado, Montalambert, Ozanam, Manning, estuvieron al mismo tiempo en la brecha de las preocupaciones sociales? ¿Por qué hay que reconocer a la JOC, aparte y por encima de sus resultados en el campo estrictamente social, un papel preponderante en la conformación del espíritu y de la forma de trabajar de los grupos apostólicos de seglares? Cortemos en favor de la brevedad debida a una nota esta serie de «porqués» que pudieran aún prolongarse, para concluir que una iglesia adulta no meramente jerárquico-eclesíástica es el espíritu adecuado capaz de vivificar una sociedad civil no tardíamente feudal, sino socialmente madura.

Cerramos nuestro comentario en la esperanza de que los nuevos tomos de la colección vayan viendo la luz en un esfuerzo de superación. Aun para los que no estamos físicamente comprometidos en el apostolado latinoamericano nos apasiona el curso revuelto de sus vicisitudes. Pero a nuestro interés vigilante acompañará siempre una significativa distancia de respeto. Nunca mejor ocasión para poder aplicar a unos países extraños lo que hemos repetido a más de un extranjero, a quien hemos sorprendido en nuestro país queriendo darnos lecciones de arreglo patrio mientras ardía una colonia de

su órbita política o veíamos dentro la espina de un agudo problema humano o racial: cada uno debe ser arquitecto en su patria y peón en la ajena. Hinchado del catolicismo de más allá de las propias fronteras y jugador incansable dentro de la propia cancha cuyo suelo y definitivos imponderables es el único capaz de conocer. Cuando las páginas de estos cuarenta volúmenes de la Feres se transformen en realidades, el partido difícilmente planteado para Latinoamérica irá de vencida.

NAZARIO GONZALEZ, S. J.